

La mítica Comala, en el cruce de caminos hacia el inframundo

The mythical Comala in the midst of the way to the underworld

Miguel Arnulfo Ángel Rivera

Comala es un topos identificador que la ficción ubica en el mundo campesino, tan universal que es extensivo a cualquier país latinoamericano. En su precariedad rural, es una ciudad densamente poblada con personajes, la mayoría femeninos, de sentimientos tan humanos que perduran en la muerte. El tiempo pasa zigzagueante e imbricado y el espacio permanece y desaparece como testigos de la búsqueda del padre que el protagonista cumple, mientras reconstruye el pasado doliente de la madre. Los murmullos indescifrables, en ciertos momentos de terror, reiteran, como elementos de realidad, la verosimilitud del instante en el que vida y muerte se confunden. En el descenso, el protagonista presagia el inframundo, en el que cumple el designio de que su búsqueda es el encuentro con su muerte.

Palabras clave: ciudad, inframundo, murmullos, tierra, mujer.

Comala is an identifying topos, located by the fiction genre within the context of a universal peasant world, being representative of any Latin-American nation. On its rural precariousness, it constitutes a densely populated city, enriched by mostly feminine characters showing deep human feelings capable of eternal lasting in the afterworld. Time goes by in an intricate and zigzagging manner, and space remains and fades away, witnessing the protagonist's eternal search for the father, while rebuilding the mother's painful past. Ungraspable mutters, at frightening times, reassure the plausibility of the precise moment when life and death converge. While going down, the protagonist foresees the underworld, fulfilling the plan, where his search means confronting his own death.

Key words: city, underworld, mutters, land, woman.

Fecha de recepción: 6 de noviembre de 2019

Fecha de dictamen: 2 de diciembre de 2019

Fecha de aprobación: 30 de marzo de 2020

Sólo quien comió con los muertos/ Su propia adormidera/
No volverá a perder jamás/ El más leve sonido.

RAINER MARIA RILKE

Los Sonetos de Orfeo 1ª parte, núm. 9

A Comala la atraviesa un riachuelo que pasa silencioso, bajo un puente añoso, formando hileras de casas desvencijadas, circuidas de callejuelas que se pierden en las áridas montañas de la Media Luna. Permanece silenciosa hasta cuando avanza la noche, para convertirse, poco a poco, en una ciudad efervescente completamente habitada, mientras se va revelando, como una ciudad mítica, con sus vecindades y lugares, a lo largo de la lectura de la novela *Pedro Páramo*, de la que su entorno es protagonista. Los recuerdos y evocaciones confundidos con inquietos fantasmas que pululan con un bisbiseo indescifrable, afirman la existencia de otra Comala llena de murmullos que indican la vida incesante de sus habitantes, con la particularidad de que estando muertos, viven intensamente atados a sus penas.

Juan Rulfo puebla Comala con personajes emblemáticos que dan cuenta de la vida olvidada y anodina del mundo rural, en su transcurrir solitario de días y noches de su arduo vivir, sacados de su natal Jalisco, con tanta fidelidad a sus mundos, que lo mismo pueden suceder en donde haya poblados campesinos, como es habitual en América Latina. Rulfo conoce ese mundo en profundidad porque, como reza en su biografía, lo vivió de cerca en Sayula, Tuxcacuesco, San Gabriel o Apulco, en la región sur de ese estado colindante con el de Colima, al noroccidente de México, del que, además, dejó constancia visual en su extraordinario registro fotográfico. Lo admirable es que en la recreación que Rulfo hace de Comala, ésta, sin dejar de ser un pueblo humilde, se convierte, pese a su precariedad urbanística, en una ciudad mítica, con todos los atributos que la colocan en un horizonte de universalidad, en un mundo que está más allá de la particularidad de sus costumbres, del localismo regional e incluso de la historia patria. Los que allí habitan emergen sin ningún recato de su rutina, ataviados con sus rasgos locales y la reciedumbre de su identidad, heredada de siglos de historia y tradiciones, transformados en personajes paradigmáticos del sentir humano. Sólo les basta con vivir su vida, tal como son, para que sean testigos de las paradojas humanas y de lo perenne que hay en lo efímero de su existencia. Son los sujetos de un mundo totalizante y especular que desde el aquí de su entorno precario y su ahora sencillo y pasajero, dejan ver el más allá universal que, sin saberlo, ya está presente en su diario vivir.

Comala pertenece, con el mismo rango, a otras tantas ciudades míticas, fundadas por la creación literaria, desde la Ítaca de Homero, hasta el Macondo de García Márquez, quizá a la Santa María de Onetti o a la Yonaspatawua de Faulkner y necesariamente a una ciudad secreta que en la sentencia de Cavafis permanece, en cada quien, con un dejo de fatalidad: “No encontrarás otro país ni otras playas, llevarás por doquier a cuestras tu ciudad [...] siempre llegarás a esta ciudad, no esperes otra”.

UN TOPOS PARA EL MITO

El espacio ofrecido por el texto literario parece no serle suficiente al novelista, para dar vida a todo lo que quiere revelar. Por eso recurre a un *topos* verosímil que cumpla con ser el soporte de la imaginación, identificable con precisión, capaz de ser referente espacial y lugar inconfundible, donde operen las claves del simbolismo que darán unidad y cabida a los muchos pasajes vividos, por personajes únicos, en tiempos diversos, con tanta contundencia que incitan al lector a vivir allí, como uno más, atrapado en los vericuetos de su mundo.

En sólo seis letras y tres sílabas de su nombre propio queda retratado el paisaje campirano del que emerge la otra y la misma Comala, poblada de habitantes plenos de historias y recuerdos de mundos vibrantes, muertos por haber vivido, como saldando esa deuda, mientras deambulan inquietos por sus calles solitarias, pagando la pena de haber construido en lo efímero de su vida terrenal lo inescrutable de la eterna y que sólo en la fugacidad de su actuar presente, es como se fraguan sus destinos en los que logran su plena identidad.

En su espacialidad imaginada, Rulfo se garantizó, a sí mismo, un espacio real que si en la novela está hecho de fragmentos y cortes puntuales, diálogos breves y silencios reiterados, expuestos en el lenguaje lacónico y misterioso del lugar, Comala es una unidad real, escenificada con una sintaxis propia, articulada con calles sinuosas, presididas por un templo y la plaza vacía atiborrada el día de la fiesta, como un pueblo criollo rebosante de vida que se hace denso con su tradición. Comala está zurcida por una temporalidad que, al ser descrita, genera una secuencia narrativa que va y viene zigzagueante, en la que todos participan, formando una espiral que avanza hacia un punto que parece no tener fondo. El pasado se atemporaliza en un presente fugaz y el futuro se anticipa al sucederse antes de que ocurra, en tiempos lentos y vertiginosos, a la vez, en los que la memoria, como signo permanente de vida, pretende superar la muerte que coloca a todos, en un tiempo que va más allá de la condición particular de cada quien. Son tiempos que a la vez portan la fuerza de lo telúrico y el enigma

de lo inmanente, presentes en el actuar solitario, anónimo y repetitivo de quienes, al habitarla, celebran el misterio de vivir mientras mueran, al tiempo que mueren mientras viven, como en una fatalidad ineludible. A veces, el zigzagueo del transcurrir configura una espacialidad en la que se proyectan ángulos en los que se multiplican velozes los instantes, en otras, su circularidad intermitente remite a lugares insospechados, en los que se van sucediendo las vidas de los personajes, como si todos supieran que están atrapados por un destino fatal.

Comala forma una red de lugares de misterio, plenos de significación que, como referentes, forman la retícula que el lector, como otro más de sus habitantes, los viva, mientras transita por sus lugares con cierto temor y curiosidad, enfrentando días y noches inexplicables, para dar paso a acontecimientos transmutados en enigmas que acrecientan el misterio que la embruja.

La Comala literaria ocupa plenamente el espacio de la novela, como eje de la narración, al estar construida en una secuencia de fragmentos recurrentes, evocadores de vivencias, expresadas en diálogos cortos, surgidos en el momento en que el recuerdo las requiera. Todo sucede en un aparente desorden que rompe la rígida secuencia lineal de la razón, pero que al estar hilvanados por la intermitencia de recuerdos de vivos que están muertos que van y vienen, suscitan con su recurrencia, el sentir de un solo misterio que se acrecienta hasta lindar con el espanto. Cada paso empuja hacia socavones laberínticos, en los que crece el enigma que, poco a poco, lleva al lector a que avance, junto con los personajes, como en una nueva vuelta de tuerca, en el hueco del misterio, mientras merodean el tenue umbral que unifica lo efímero del más acá, con lo eterno del más allá de sus existencias.

El oído es el sentido que registra con sutileza desde el enigma, los ecos lánguidos y los murmullos repetitivos, hasta los silencios escondidos en cualquier rincón que se prolongan en el tiempo, para ir a instalarse en la imaginación, para acrecentar el enigma. En su silencio, Comala es el encadenamiento de múltiples voces, porque allí todo es habla, expresadas en tonalidades diversas: lo mismo en sus silencios que en el retumbar nítido de una severa sentencia, en la repetición de un refrán, en la fugacidad de una palabra, en la respuesta lacónica, en los cuchicheos indescifrables tras un zaguán, que en el chirrido quejumbroso de una puerta, en el ladrido de un perro, en el silbido del viento o en risas escabullidas entre las rendijas, como moduladas por manos invisibles, perdidas entre sombras difusas para prolongarse entre ecos lejanos o en el vocinglerío anónimo que se esfuma. “Ese pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas, unas risas ya muy viejas como cansadas de reír. Y voces como desgastadas por el uso” (Rulfo, 2015:109).

Pero hay un registro auditivo anónimo y recurrente que reitera el embrujo presente en Comala, marcado por los murmullos que se dejan escuchar en momentos cruciales. Es como un enjambre ronco, semejante al de una multitud cuyo ritmo lento y cadencioso parece portar un llamado, sin que pueda ser descifrado plenamente. A veces, las bandadas de tordos pareciera que los acompañan para aportar un sentido de realidad en los momentos de mayor misterio.

Esta Comala embrujante y aterradora que trastoca el tiempo y el espacio, es la que increpa y obliga al lector a detenerse, mientras es transportado con sutileza a otro lugar, como en otro tiempo enigmático que va, viene y vuelve a irse, como el viento que silba en sus calles y se encabrita por entre las esquinas, confundido con ecos fantasmagóricos o el murmullo que se infla y se contrae recurrente. Es la misma Comala que resplandece en la oscuridad y que mientras se arropa con momentos aterradores, deja que pase el furor de las pasiones, hasta llegar al límite en el que asoman los enigmas. “Este pueblo está lleno de ecos [...] oigo el aullido de los perros [...] Y en días de aire se ve el viento arrastrando hojas de árboles, cuando aquí como tú ves, no hay árboles” (Rulfo, 2015:110).

Por ello, Comala es una ciudad mítica que, conforme escenifica el actuar de los personajes, los transforma en soportes de la celebración del misterio de estar muertos y vivos, al mismo tiempo. Así se ancla con firmeza en el espacio narrativo de la novela, al desplazarse de lo real a lo fantástico y de ahí a la vivencia ultraterrena de cada personaje. Pese a que actúen en terrenos resbaladizos y liminales, cada uno mantiene la firmeza de su identidad, como copartícipe en la construcción de un solo mundo que media seguro, entre el más acá y el más allá, sin salir nunca de su entorno. Así se pone de manifiesto que cada quien, en la medida en que actúa en su vivir diario del acá, fragua su propio destino que lo coloca en el más allá, porque no es otra vida, sino la presente, la que, al ser vivida plenamente, donde se esté, es la que lo eterniza para siempre. Si su espacio es precario, atrapado por el dominio ancestral de una sociedad marcada por la desigualdad social, también es amplio y profundo, pues al vivirlo cada uno de los personajes, en la estrechez de sus relaciones, lo reconstruye en su otra dimensión, a medida que teje el destino que todos cumplen inevitablemente, de morir mientras viven y vivir mientras mueren, indefectiblemente.

Todos actúan, nadie está quieto, cada uno vive su vida y, por eso, algo tienen que decir, que no puede ser otra cosa que los sentimientos humanos, con su género, presentes, a su manera, en cada quien: en los hombres, sea en el cálculo astuto de Pedro Páramo para sostener su férreo dominio de terrateniente, apostado en la Media Luna o buscando el poder espiritual del padre Rentería para ganar su influencia y la garantía para que Miguel, su hijo, viva a sus anchas, o bien en el servilismo de Fulgor ante el

gamonal que lo lleva hasta el homicidio. En las mujeres, con sus múltiples rostros, en la habilidad de Eduviges para mantenerse fiel a ambos contendores, tanto a Pedro, su patrón arbitrario y arrogante, como a Dolores, su mujer, a quien abandonó, reconocida como su amiga de siempre y que se mantuvo firme en su dolido juramento de nunca más volver a la Media Luna; en la hipersensibilidad de Damiana, capaz de percibir, en cada quien, a un alma en pena; en la altivez irreverente de Susana ante el poderío de Pedro y su rechazo al padre Rentería, en el lecho de muerte; o en el anhelo y la fidelidad sabia de Justina. Muchas otras mujeres, van precisando el espectro de sus sentimientos, en las que conviven como en una continuada paradoja: la ternura de los afectos, el cariño cálido y sincero, el cuidado del otro y también la sabiduría, con la codicia, el egoísmo, la astucia y la saña despiadada, la dureza de la tirantez que carcome, bajo el sino contundente de que todos por más vivos que parezcan, están muertos. Todos se cruzaron en el recorrido tenaz y solitario de Juan Preciado, firme en la ilusión hecha promesa, a su madre Dolores, de encontrar a su padre, Pedro. Esa es la fuerza de Comala que mientras vive con rudeza, muere con certeza y que en su pobreza material y humana, alberga el apego suficiente para que tantos Juanes, incluyendo a Rulfo, regresen a ella, como eternos Odiseos, porque les es insustituible en el cierre del círculo vital en el que cada quien construye su propia identidad.

Pedro Páramo es un texto misterioso que entrelaza ficción y realidad, vida y muerte, lo lumínico y lo oscuro, lo ctónico y lo celeste, tejido con anécdotas y recuerdos, presentes y pasados, reafirmadores incesantes de que su contenido, no es otro que el misterio del nacer y el de morir o del morir mientras se vive que sólo importa porque se ha vivido intensamente. Tiene la marca de lo oximorónico, pues si Comala aparece solitaria, también está densamente poblada, en una retícula de relaciones: si envuelta en sombras al desaparecer iluminan, confundidas con ecos y murmullos nítidos que no han venido de otra parte, sino de la historia local, sólo sabida por los que allí la han vivido, a la vez que puede ser reconocida por cualquiera y escuchada en la estridencia de un silencio que siendo fugaz se hace eterno. Allí lo oscuro es luminoso, lo fugaz es perdurable, la vida es muerte y ésta también es la vida como polos que se diluyen en una sola realidad que pone en entredicho la dualidad con la que la cultura occidental ha desarticulado la unidad de la existencia humana.

EL DESCENSO HACIA EL INFRAMUNDO

Desde el comienzo de la novela, el lector se convierte en el Juan Preciado que, como él, camina, en la lectura, esperando en alcanzar un mundo que ignora. Cumplir con la palabra dada que lo comprometió con su madre moribunda, es la consigna bajo la cual

Juan construirá, poco a poco, a lo largo del viaje, la figura del padre, mientras avanza, paso a paso, hacia lo desconocido. Éste no es otro que el viaje de la vida, y con él, el de la muerte que Juan Preciado, como un devoto, ha emprendido para hacer realidad su palabra. En el recorrido, traza su camino inevitable y con su aventura impulsada con la dignidad que la madre le infundió, ratificará la puesta a prueba de la ilusión de encontrar al padre que no conoce. Su primera sorpresa es que Abundio, el arriero casual, que poco antes había conocido en el camino, resulta ser su medio hermano, hijo del mismo padre anhelado, cuya cercanía fraterna, en aquel momento, le había atenuado la distancia que aún debía recorrer. Pero se convertirá en el presagio de que transitaba por la ruta del misterio, pues resulta que Abundio es un alma en pena con la que está hermanado por el maltrato del padre ausente. En lontananza ve a Comala, allá abajo, siguiendo con la mirada el vasto panorama que la aquieta, plácida en una llanura circundada por las áridas montañas de la Media Luna, cruzada por caminos polvorientos, bajo el cielo azul de la canícula en el que se mecen a sus anchas las aves de rapiña, entre el rescoldo del calor reverberante y el fresco silbido del viento. “En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha de vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá la más remota lejanía” (Rulfo, 2015:75).

Este es el preámbulo de la entrada a la otra ciudad, más profunda y oculta, habitada por las pasiones que unen la vida con la muerte. En el corto trayecto del descenso, desde el momento en que ambos la atisban en lo alto del cerro, cada instante cumple gradualmente con *la neklia* en la que interviene el cruce tenso de palabras entrecruzadas. Hombro a hombro, al ritmo de dos destinos paralelos, los dos caminantes, avanzan con la avidez de sus miradas, seguros de su parentesco. El brazo extendido de Abundio, hacia abajo, señala el lugar donde yace el enigma de Comala.

Después de trastumbar los cerros, bajamos cada vez más. Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos habíamos hundido en el puro calor sin aire. Todo parecía estar como en espera de algo. —Hace calor aquí —dije. —Sí, y eso no es nada —me contestó el otro. —Cálmese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquello está sobre la brasas de la Tierra, en la mera boca del infierno [...] Con decirle que los que allí mueren, al llegar al infierno, regresan por su cobija (Rulfo, 2015:75).

El sarcástico calificativo del sofoco, indica algo más que una sensación pasajera. Si en las religiones monoteístas el infierno es el lugar del castigo, asociado a la pena por la falta cometida, otro es el significado que le da el mito, al atender a las religiones místicas, como el territorio de lo ctónico y de la pulsión que crecen en los terrenos de

lo dionisiaco. Tan fundamental es ese lugar en la comprensión de lo humano que hasta el mismo Cristo tuvo que descender a este lugar, para alcanzar sabiduría del resucitado.

Pero Juan Preciado no llega a ese lugar, paradisiaco y luminoso, anunciado por su madre. Poco a poco, al avanzar en su búsqueda, va descubriendo lo otro, que se le revelará como el opuesto, a medida que lo descifra. Sin embargo, ese contraste forma parte de lo mismo. Si para ella era el lugar de “las llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas [...] el color de la tierra, el olor de la alfalfa y el pan. Un pueblo que huele a miel derramada” (Rulfo, 2015:88), para Juan, será el hallazgo de pistas que le revelan, paso a paso, el simbolismo indicador de que se trata del territorio de lo *katabático* en el que Comala erige su misterio: de una parte, el jardín exuberante, lugar en el que la tierra es pródiga en vitalidad; de otra, el mundo de lo telúrico y lo pulsional, manifiesto en la naturaleza y en lo femenino en el que se enseñorean, como en su propio reino. Comala es ahora destino y punto de llegada, ubicada en el cruce de muchos caminos anónimos, que Juan debe sortear, y necesariamente transitar en su odisea personal, “Hay multitud de caminos. Hay uno que va para Contla [...] otro más que enfila derecho a la sierra. Ese que se mira desde aquí, que no sé para dónde irá [...] Este otro de por acá que pasa por la Media Luna. Y hay otro más que es el que atraviesa toda la tierra y es el que va más lejos” (Rulfo, 2015:118). Antes de despedirse, Abundio le indica, con el mismo gesto con el que hace un rato le había mostrado desde el cerro a la diminuta Comala, una calle solitaria, ruta de su aventura, que deberá descifrar, en su propio laberinto, hecho de instantes irreversibles que se tornarán eternos.

En adelante, será un territorio enigmático, en el que cada paso es una dis-yuntiva que adentra a Juan Preciado, en un misterio sin fondo. Cada paso será en el acá una decisión crucial hacia el más allá, abocado a sorpresas que unen y separan mundos, con encuentros furtivos, diálogos que le evocan recuerdos acrecentadores de su espanto, mientras descubre coincidencias que pareciera ya estaban decididas, desde antes. Cada encuentro es a la vez una historia narrada por alguien que destella una particular sabiduría contenida en su situación, cada vez más generalizada, al constatar que todos están vivos y muertos, al mismo tiempo. No son azares sino la confirmación contundente de que se impone un destino en cuyos umbrales, esta vida está confundida con la otra.

HETEROTOPÍAS CIRCUNDANTES DE COMALA, SUSTENTADORAS DEL MITO

Hay dos referentes, como heterotopías que le acotan a Comala su oscura luminosidad: Contla, un poblado vecino, desdibujado entre humo, lugar donde los muertos viven, sin existir y al que va periódicamente Miguel Páramo, el hijo del gamonal, su otro medio

hermano, a satisfacer sus aventuras amorosas. Allí, el padre Rentería, párroco de Comala, en riesgo de perder su ministerio, tuvo que aceptar la negativa a ser perdonado, en confesión, por su colega. No le perdonó haber sido complaciente con el cínico dominio del terrateniente. Le significó tanto, como si con ello hubiera tenido que aceptar su propia muerte. El otro, es la Media Luna, con la mansión de la hacienda, testigo del dominio de Pedro Páramo, el terrateniente todopoderoso, desde donde el latifundio se extiende hasta perderse en la mirada. Su casona amplia y solariega, confirma el poderío del gamonal, que lo configura como el dueño que controla hasta la intimidad de sus arrendatarias. No es casual que el caballo, del pérfido Miguel Paramo, corra, como un fantasma, entre estos dos lugares que son los que precisamente alinderan y dan piso al inframundo. Estos son los referentes que espacializan el mito: la tierra de color oscuro, destino de la descomposición y, a la vez, naturaleza que da vida y que al civilizarse se erige como fundamento de una férrea estructura de poder. Por el otro, lo femenino, en diversas facetas representadas por mujeres, como el mundo de lo pasional y del deseo en el que la diosa crece visible en la mitad de la luna sideral. No es casual que sea la Media Luna la que le da nombre a la hacienda, evocadora de Perséfone, la doncella, como uno de los tres momentos de la evolución de la diosa, reina de la noche en la que está a sus anchas, con su nombre secreto de Koré.

EL REINO DE LO FEMENINO, FUERZA DE LO KATABÁTICO

La Media Luna indica que Comala está inscrita en el reino de la triple diosa, representada por el mundo griego en las manifestaciones de la Gran Diosa, acordes con los momentos del desarrollo de la mujer: la joven, la madura, la anciana, en consonancia con los ciclos de la luna: “[...] la Luna Nueva es la diosa blanca del nacimiento y del crecimiento, la Luna Llena la diosa del amor y la batalla, y la Luna Vieja, la diosa negra de la muerte y la adivinación” (Graves, 1998:89).

Perséfone, es la inocencia, secuestrada por su padre, habitualmente instalada en el inframundo; Deméter, la madurez, dadora y pródiga en dones y cosechas, cuyo momento de plenitud es la luna llena. La oscura y terrible Hécate es la vejez representada en la parte oscura, imposible de observar. Esta es la alusión a la tradición arcaica que pese a los intentos de la razón por suprimirla, subsiste en el impulso vital de los humanos.

Kore (en masculino *Koros*), no se refiere a una edad precisa. Deriva de una raíz que significa la fuerza vital, el impulso que crece y hace crecer a las plantas y a los animales [...] *Kore* es la vida porque no se deja “decir” porque no se deja definir ni por la edad,

ni por la identidad sexual, ni por las máscaras familiares ni sociales [...] Demeter y Kore fueron llamadas “Señoras” (*Potniai*) y esto remite al origen cretence de su culto (Agamben y Ferrando, 2014:15 y 77).

Una gran afluencia de personajes femeninos, de distintas edades, pueblan a Comala. Ellas alinderan el recorrido de Juan Preciado, bajo la tutela del retrato de su madre Dolores, guardado en secreto en su bolsillo. Su búsqueda persistente está signada, en distintos momentos, por rostros femeninos que en su momento oportuno, se revelan con nombres propios, portadores de la carga de su origen diverso: latino, griego, germano, hebreo, español... que, como en un caleidoscopio de significados, identificarán a quien lo ostente, a la vez que muestran todas las facetas que alberga Comala que también es femenina.

Desfilará, en distintas circunstancias, todo tipo de mujeres, que lo irán atrapando indefectiblemente, sin que él desista de renunciar al compromiso con su madre moribunda: “No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio. El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro” (Rulfo, 2015:73).

Avanza, mientras escucha sus propios pasos como si fueran ajenos, y en cada pisada sobre el duro empedrado de las calles, se suceden casas lúgubres y abandonadas que parece, lo vigilan. Oye ladridos y murmullos que lo asedian y luego encontrará rostros, y tendrá diálogos que reproducirán en cada palabra el eco de ultratumba. Y como un augurio, la luna acompañada de la estrella de la tarde, sobre la que revolotean parvadas de tordos, estarán presentes, en los momentos más cruciales, en los que Juan convive con lo extraño, sobrecogido por el más allá. Aprovecha para mantener un diálogo íntimo con Dolores, su madre ya fallecida y quien lo pone en alerta al recordarle que se trata de otro tiempo: “No me oyes? –pregunté en voz baja. Y su voz me respondió. Dónde estás? –Estoy aquí en tu pueblo junto a tu gente. No me ves? No hijo no te veo. Su voz parecía abarcarlo todo. Se perdía más allá de la tierra” (Rulfo, 2015:124).

Guiado por el tintineo de la escasa agua del riachuelo y obediente a la recomendación que le había dado Abundio, llega a la casa de la misteriosa Eduviges Dyada, sorprendido de que estuviera tan ansiosa esperándolo. Es el primer encuentro, al azar, con esta mujer enigmática que aparece de repente, envuelta en su reboso gris, como si presagiara el recorrido que lo espera, plagado de incertidumbre. Ella sabía que vendría, pues ya Dolores, su eterna amiga desde esas épocas pasadas, le había avisado de su llegada. Aún más perplejo, él le advierte que hace siete días, murió, y su respuesta lo aterroriza: “Entonces esa fue la causa de que su voz se oyera tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí. Ahora lo entiendo”.

No hay duda de que está atrapado por otro tiempo en el que el presente se diluye y que, ahora, ella lo confirma con certeza. Pero antes le crea aún más desconcierto, pues al darle datos de su guía, del que sólo hacía un momento se había despedido amistosamente, gratificado de haber sabido que era su medio hermano, ella le afirma “Abundio ya murió”, y volviendo a los recuerdos de Dolores le dice: “Pobre de ella. Se habrá de haber sentido abandonada. Nos hicimos promesa de morir juntas. De irnos las dos para darnos ánimo una a la otra en el otro viaje [...] éramos muy amigas” (Rulfo, 2015:80). Es que Eduviges se ha convertido en un enigma que Juan descifrará con estupor, al escucharle la certeza con la que afirma: “El hijo de Dolores debió haber sido mío. Después te diré por qué. Lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en uno de los caminos de la eternidad” (Rulfo, 2015:81).

Si Dolores es huidiza, tierna, resignada, firme y dulce, Eduviges es audaz, osada, desafiante y oportunista, convencida de que “uno muere cuando quiera y no cuando Él disponga”. Su astucia impulsada por el deseo, la había llevado a aprovechar la obscuridad y aceptar la sugerencia de Dolores para que la remplazara la noche de bodas con Pedro Páramo. Esta había sido su gran oportunidad para cumplir con su anhelo de tener un hijo.

La Media Luna era un enjambre de secretos que ahora se revelaban confidentes, hasta dejar en claro el tortuoso camino por el que había pasado la relación entre Pedro y Dolores, razón del porqué de tanto rencor con el que su madre le había advertido en el momento de su despedida. En esa noche tortuosa entre sueños, un grito inmisericorde le acrecienta el espanto.

Pero esta mujer que se le había presentado tan cercana, resultó ser un ánima más que de repente desaparece en lo profundo de la obscuridad. Al llegar Damiana Cisneros, dispuesta a llevarlo a la Media Luna, a quien reconoce de inmediato, pues sabía por su madre que había ayudado a criarlo, le comenta que había dormido en el cuarto que guardaba los rastros, donde había sido ahorcado uno de los trabajadores de la hacienda. Si Eduviges le había revelado que Abundio hacía mucho que había muerto, ahora Damiana le confirma que Eduviges es un alma en pena y que el grito que lo había sobresaltado, no era más que el último que Toribio Alderete había lanzado cuando el capataz de la hacienda, lo ahorcó, ya hacía algún tiempo, por litigios de tierras con su patrón Pedro Páramo. Ella, la caporala de la Media Luna, es la eterna cómplice del patrón, que conoce todos sus secretos, escogida por Pedro Páramo para confiarles la crianza de su hijo Miguel. Siempre estuvo dispuesta a servirle, con fidelidad, en todos sus caprichos. Hasta en su vejez, recordaría cuando la dejó esperando, mientras él estaba con Margarita. Ahora, ella es la que sorprende a Juan, pues mientras le hablaba en tono coloquial del acontecer en el pueblo, no sin antes advertirle la particular característica

de Comala con la seguridad de alguien que percibe normalmente el más allá: “Yo ya no me espanto. Oigo el aullido de los perros y dejo que aúllen” (Rulfo, 2015:109). Al paso de un cortejo en el que va su hermana Sixtina, fallecida hace mucho tiempo, se muestra suplicante que le ruegue a Dios por ella, Damiana se esfuma, perdida en el eco de los gritos angustiosos de Juan solitario, presa ya del desconcierto. Damiana no era la vieja nana que sabía tanto de su madre, sino un espectro que atrapaba, con facilidad, esa otra dimensión, presente en cualesquiera de los que vivan en Comala.

Desfilan por igual, cargando con sus cuitas: María, Gertrudiz, Ana, Juliana, Sixtina, Felicitas, Micaela, Justina, Fausta, Refugio, Matilde. Chona, fiel al cuidado de su padre, antes que ceder a las propuestas seductoras de Pedro; Dorotea con su locura, celestina de Miguel Páramo al que le buscaba mujeres, ansiosa del perdón para llegar tranquila al cielo, luego tratada como la Curraca por su fantasía demencial de cargar un envoltorio, al que arrulla, simulando los cuidados a un bebé; Ángeles con su credulidad fatalista, esperanzada en la divina providencia; Inés con su creencia, convencida de que la difunta Refugio intercederá por ella ante la gloria, pero a condición de que el hijo le dé el recado antes de que se enfríe porque “tú sabes cómo son la mujeres. Así que hay que exigirles el cumplimiento en seguida” (Rulfo, 2015:182). Pero entre la sumisión generalizada en Comala, la rebeldía de Susana San Juan, fulge en todo momento, sin escatimar reproches. En diálogo con Justina, le pregunta con su misma respuesta: “Y qué crees que es la vida, Justina, sino un pecado?”, para después sellar sus creencias con una afirmación definitiva “yo sólo creo en el infierno”. Su destino es desafiar todos los poderes masculinos, desde el de su padre Bartolomé, a quien le niega tratarlo como tal, hasta el de su marido, el poderoso Pedro Páramo, dueño y señor de todo y de todas, hasta el poder espiritual del padre Rentería, siempre atento a la oportunidad para sacar provecho de sus plegarias. Él le ofrece confesarla, ante el lecho de muerte, pero Susana le responde con un desprecio tajante “no te necesito”. Ella conserva el recuerdo de su descenso dramático a su propio inframundo, cuando en su infancia su padre la obliga a bajar a una fosa profunda, estando en su mina de la Andrómeda, sin saber para qué, pero que al encontrar una calavera, le insiste en seguir buscando el oro, allí enterrado.

JUAN PISA EL MOMENTO INELUDIBLE

Después de su parsimonioso recorrido por los meandros sinuosos de Comala, en el que cada paso es una sorpresa, acompañado de recuerdos insondables, Juan se acerca al momento en que ya no puede retroceder. Descubre que su entorno ha cambiado, como si cada vez fuera más estrecho y que la ilusión de encontrar a su padre se diluía

en algo que lo hala hacia lo incierto. Él mismo se siente otro, como tirado por alguna fuerza incontrolable. Es su *anagnórisis* que ya se anunciaba desde su encuentro con Eduviges: “Yo creía que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí nada. Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se arrastraba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo” (Rulfo, 2015:81).

Sin embargo, sigue el derrotero, sin abandonar su intrepidez, como cobijado por su propia *moira* de la que seguidamente, le va tocando su parte. Ahora, cada paso es irreversible y siente que cada vez entra más a fondo en la otra Comala, la habitada por los muertos que como los vivos cargan sus recuerdos, soportando su pena, en una procesión permanente, acompasada de murmullos como en un rezo eterno del que sólo se escucha el bisbiseo aterrador que lo envuelve en su propio espanto.

En la mitad de la calle vacía, aturdido con el manto de las sombras, titubea, tentado de regresar, indeciso entre el recuerdo de lo que la madre le había contado de ese pueblo vibrante de actividad y la aterradora soledad de ese momento. Alguien que pasa, lo invita a entrar a su casa y ante la pregunta de qué hace ahí, se contiene para no repetir el mandato que lo anima “vine a buscar a mi padre”. Acepta compartir ese lugar desvinculado, sin saber que era el último, inseguro por no saber si ellos están vivos o son otros muertos más. Se sorprende de que lo vean como un borracho pues mientras reposa, escucha que lo describen entre el asombro y la censura: “se rebulle sobre sí mismo como un condenado. Y tiene todas las trazas de un mal hombre [...] Se restriega contra el suelo, retorciéndose. Babea. Ha de ser alguien que debe muchas muertes” (Rulfo, 2015:117). La mujer aprovecha para confesarle el incesto en que vive, culpabilizada por esa relación con su hermano que la condena a vivir como el resto del pueblo, habitado por ánimas en pena. Todos, los pocos vivos que quedan conviven, con las ánimas de condenados, como ella, porque aún no han obtenido el perdón, pues tal es su pecado que se siente llena de lodo por dentro. Juan vuelve, una vez más, a sentir la tentación de volverse por donde había venido, pero Donis, que ya ha regresado de buscar un becerro, le insiste en que se quede. Al quedar solo, una mujer anciana y enflaquecida entra en sigilo al cuarto, sin que él se atreviera a mirarla de frente, abrumado de espanto. Cuando ambos regresan, está aterido de miedo, pero ellos en lugar de calmarlo, lo censuran sometiéndolo a un juicio inmisericorde. Para ellos, Juan puede ser lo mismo un enfermo, un místico o un charlatán y para sí mismo él es otro, atrapado por lo incomprensible, necesitado de comunicarse “No sé. Veo cosas y gente, donde quizá ustedes no vean nada. Acaba de estar aquí una señora. Ustedes tuvieron que verla salir” (Rulfo, 2015:122).

Todo ha cambiado y la otra Comala, la habitada por las almas en pena, es ahora un enjambre de susurros que asedian y empujan a Juan hacia el desenlace, ya prefigurado en los pasos que ha venido dando.

Juan, en la cama, queda a solas con la mujer porque Donis se ha ido de nuevo, según ella bajo el pretexto de buscar un becerro, es la ocasión para que su deseo crezca, junto a su astucia manipuladora “Sí, tal vez no regrese [...] Él siempre ha tratado de irse... me dejó con usted para que me cuidara [...] Eso del becerro es sólo un pretexto [...] Donis no volverá [...] Ahora tú te encargarás de cuidarme. ¿O qué no quieres cuidarme? Vente a dormir aquí conmigo [...] Es mejor que te subas a la cama [...] Entonces fui y me acosté con ella” (Rulfo, 2015:123 y ss).

Como un iniciado, hermanado con Orfeo o Virgilio y con todos los que han descendido al inframundo, Juan en su descenso ha llegado a lo más profundo, viendo lo que nadie ve y sintiendo el calor del inframundo.

Sentía su cuerpo de trapo, cada vez más extrañado de sí, aterrado ante lo incognoscible, como entrado en otro mundo. El calor sofocante, mientras dormía con la mujer, lo pone ante lo insólito. Lo femenino y la tierra, soportes sobre los que Comala se había erigido, son una misma realidad, sólo que ahora se diluían ante su mirada espantada y la angustia de que le faltara el aire “El cuerpo de aquella mujer hecho tierra [...] se desbarataba como si estuviera durmiendo en un charco de lodo. Yo me sentía nadar ante el sudor que chorreaba de ella y me faltó el aire [...] No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre” (Rulfo, 2015:124-125).

Creyó que había muerto, pero en un diálogo memorioso en la intimidad de su tumba, donde yace junto a Dorotea y Eduviges, reconstruye su muerte evocando el jardín que siempre, fue Comala, para su madre, ese lugar paradisiaco “lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad [...] Allí donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo; como si fuera un puro murmullo de la vida” (Rulfo, 2015:126). Ahora el murmullo recurrente que lo ha asediado insistente en el recorrido fatal, lo arrastra hasta el portal de la plaza, donde lo encontraron:

Eran voces de gente, pero no voces claras, sino secretas, como si me murmuraran algo al pasar, o como si zumbaran contra mis oídos [...] las oía igual, igual que si vinieran conmigo, delante o detrás de mí. No sentía calor como te dije antes; antes por el contrario sentía frío [...] ya no di un paso más. Comencé a sentir que se me acercaba y daba vueltas a mi alrededor aquel bisbiseo apretado como un enjambre, hasta que alcancé a escuchar unas palabras casi vacías de ruido: “Ruega a Dios por nosotros” Eso

oí que me decían. Entonces se me heló el alma. Por eso es que ustedes me encontraron muerto (Rulfo, 2015:126-127).

Esos murmullos que siendo la vida son la muerte, no pueden ser otros que *la moira*, entendida como esa fatalidad que lo envolvía, con la que Juan cumple, después de muchos momentos que nunca escatimó, pero fueron los que le labraron su destino final, el propio y de nadie más.

El tiempo eterno ha impregnado todo, uniendo en uno sólo, el de la vida con el de la muerte, registrado en el frío que Juan Preciado percibe saliendo de sus propios huesos, opuesto al calor abrazador de la canícula que había derretido el cuerpo de la mujer. Ya el género no importa, su interlocutor puede ser Dorotea o Doroteo. El hecho de que están muertos, enterrados en la misma tumba, es más contundente, así recuerden y evalúen la pasión de sus vidas, en el tiempo en que cada quien la vivió. Todo les indica que lo pasional y el furor de lo pulsional, son vida y muerte al mismo tiempo.

Juan Preciado fue el que vio la otra Comala, la del inframundo, de cuya profundidad no pudo regresar. Allí se quedó como miembro desafortunado de una triada familiar que nunca funcionó.

La búsqueda del padre lo condujo a la aventura fatal, asumida íntegramente, gracias a la cual pudo reconstruir la Comala de sus progenitores, volviéndola suya, hasta llegar a ver lo que nadie veía. En la elipsis dibujada en su recorrido, vivió su propia odisea y nadie como él vivió, al tiempo que moría, en esa Comala que sólo puede ser entendida como el oxímoron de la ciudad que cada quien habita en su interior, en la que se vive al tiempo que se muere.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio y Mónica Ferrando (2014). *La muchacha indecible. Mito y misterio de Kore*. México: Sexto Piso.
- Graves, Robert (1967). *Los mitos griegos*. Buenos Aires: Losada.
- (1998). *La diosa blanca*. Madrid: Alianza Editorial, Libro de Bolsillo.
- Olmo, Bertha María (2017). “La Onomástica en Pedro Páramo”, *Archipiélago, Revista Cultural de Nuestra América*, núm. 27, año 25, agosto-septiembre, México.
- Rulfo, Juan (2015). *Pedro Páramo* (edición de José Carlos González Boixo). Madrid: Cátedra.